

sen. Si los veía aún vacilantes y poco resueltos á decirlo todo, los alentaba con buenas y dulces palabras.

Si los veía poco contritos y mal dispuestos experimentaba un dolor tan vivo, que lloraba él primero las faltas que le confesaban, obligando de este modo al penitente á llorarlas también. Habiéndose presentado un día en su tribunal un pecador contando sus desórdenes con un tono y lenguaje que anunciaban bien claramente que carecía, no solo de todo arrepentimiento sino hasta de todo pudor y decencia (1), el santo confesor, al oírle prorumpió en suspiros y sollozos. «¿Qué teneis, preguntó el penitente? ¿acaso os sentís malo?—No, estoy bien, gracias á Dios; vos sois el que estais malo.—Yo no, estoy perfectamente.—Pues bien, entonces continuad, dijo el santo Obispo.» El culpable entonces continuó con el mismo tono su deplorable historia, y el santo confesor volvió á llorar con mas amargura. «Pero ¿por qué llorais? preguntó el penitente.—Lloro, dijo Francisco, porque vos no llorais.» A esta palabra, avergonzado de sí mismo y sintiéndose cambiado: «¡Oh, qué miserable soy! exclama el culpable; los demás confesores hacen llorar algunas veces á sus penitentes, y yo hago llorar á mi confesor. Mis pecados arrancan lágrimas al inocente, y yo, sin embargo, no los lloro.» Esta consideracion le movió hasta el punto de ir á caer desvanecido. Francisco entonces le consoló, le alentó, encontró en él disposiciones tan perfectas que creyó poder absolverlo, y desde aquel momento hasta la muerte, este hombre fué un modelo de fervor en el servicio de Dios. Nada era tan tierno como las efusiones de corazón del santo prelado, cuando habia podido atraer así á los penitentes á una sincera conversion. «¡Oh, cuánto amo vuestra alma, les decia; qué bella está ahora! Los ángeles se alegran y regocijan con este motivo. Os felicito con ellos, pero es necesario, sin embargo, que ofrezcais á nuestro Señor y á mí que no volveréis á caer.» Escuchando lue-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. X.

go con benignidad la triste relacion de sus extravíos, les recomendaba que no se dejasen dominar, ni por el amor propio que, esclavo de una falsa vergüenza, conduce á veces á disminuir la verdad, ni por un temor mal entendido de no decir lo bastante, que cree que vale mas exagerar, sino que se acusasen con candor de lo que les pareciese cierto, ó en caso de duda, lo mas aproximado á la verdad. Les recomendaba sobre todo que se confesasen, no para descargarse y aliviarse, sino para agradar á Dios y unirse con él; no por temor, sino por amor (1). Dóciles á estos consejos, todos se separaban de él con una firme voluntad de observar una vida mejor, y con el propósito de acudir á menudo á buscar un padre tan bueno; no pudiendo decirse el bien inmenso que tuvo por fruto un celo tan sabio y tan ilustrado para la direccion de las almas.

CAPITULO XII.

Su prudencia y su sencillez.

Juntamos aquí estas dos virtudes, por la íntima relacion que las une; porque si la prudencia nos enseña á pensar, á decir ó á hacer lo que conviene en el tiempo y del modo que se debe, la sencillez la secunda, dirigiendo todas las potencias del alma únicamente á su deber, sin dejarse llevar por lo que se pueda pensar ó decir alrededor suyo. El Obispo de Ginebra poseia estas dos virtudes en grado eminente. Fué desde luego notable por su prudencia; no viéndosele nunca hacer nada á la lijera, ni con ese ardor que se turba precipitándose y ahogando la reflexion. Siempre, antes de obrar ó hablar, reflexionaba sobre lo que iba á hacer ó á decir; y siempre también que podía, pedia consejo para unir el juicio de los demás al suyo propio; y sobre todo oraba en proporcion á la impor-

(1) *El P. la Riviere*, p. 383 y sig.

tancia del asunto, esperando mucho mas de la luz de Dios que de su propia inteligencia; no procediendo nunca á la ejecucion, hasta que con la ayuda de todos estos medios, habia visto claramente lo que era mejor. Entonces obraba, pero tranquilamente, estudiando y aprovechando las circunstancias favorables, buscando y tomando siempre los medios dictados por la rectitud é inspirados por la caridad. Tan discreto en la conversacion como en la accion, nunca se le oyó decir una palabra inconveniente; nunca reveló un secreto; y media tan bien todas sus espresiones, que no manifestaban ni mas ni menos que lo que queria decir (1).

De aquí resultaba ese perfecto tacto de que dió tantas pruebas en su trato con las autoridades civiles de Francia y de Saboya, y que le valió no solo vivir siempre en buena inteligencia con ellas, sino hasta su estimacion y respeto. De aquí tambien esa habilidad en el gobierno de su diócesis, que administró con igual éxito, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, dirigiendo tan sábiamente todos los espíritus, conduciendo tan bien todas las cosas, que conservó siempre las inmunidades de la Iglesia y el favor de los príncipes opuestos entre sí. De aquí finalmente, aquella elevada inteligencia en la direccion de los negocios, si se trataba de impedir un mal, no escuchaba el ardor de un celo irreflexivo, pues que, precipitándose, decia, se retrasa el éxito en vez de adelantarlo, sino que se tomaba tiempo para pensar maduramente ante Dios los mejores medios que se podian emplear, y tenia cuidado de no comprometer nada con una palabra ó una accion imprudente; escogiendo con el mayor cuidado el momento y el modo de obrar ó de hablar, «á fin, decia, de no cometer faltas queriendo remediarlas.» (2) Así sucedia que su celo, infatigable en su actividad porque la caridad lo animaba, no era menos moderado en sus efectos, porque lo re-

(1) Dep. de la Santa Madre Chantal, art. 28.

(2) Dep. de Baytay.—Dep. de Santa Juana Francisca de Chantal, art. 28.

gulaba la prudencia. Si habia una dificultad práctica que resolver, la examinaba con la calma de la reflexion, y le daba siempre una solucion tan juiciosa como razonable, segun nota uno de sus historiadores que habia vivido con él (1). Por eso le consultaban de todas partes como á un oráculo de prudencia; en los negocios importantes se queria tener su parecer (2); y era nombrado árbitro en las diferencias. Varias veces le ocurrió encontrar á caballeros en el campo, prontos á terminar su querella con un duelo; pero con su llegada los reconciliaba con satisfaccion de ambas partes, como de ello fueron testigos las ciudades de Seyroel, de Saint-Rombert y otros muchos lugares donde su presencia previno las mayores desgracias (3). En una ocasion fué uno á consultarle sobre lo que deberia hacer para atraer al bien á algunas personas de elevada condicion que daban escándalo: «Empezad, le dijo, por hacerles dos ó tres visitas de cortesía, sin decir nada de vuestro designio, y procurad insinuaros poco á poco en su afecto. Cuando lo hayais logrado, haced recaer insensiblemente la conversacion sobre la belleza de la virtud y la fealdad del vicio, y luego traédmeles.» Se los llevaban en efecto, y entonces, con una prudencia maravillosa, los decidia á romper los lazos que los detenian lejos del deber y de la virtud (4). Por eso un testigo de su vida habitual nos dice: «Siempre admiré la grandeza y la excelencia de su prudencia, que hacia convergir todas sus obras para la mayor gloria de Dios y la salvacion de las almas, para la exaltacion de la fe y el buen gobierno de su diócesis. Era, continúa, una prudencia que tomaba, que tenia por fuente el espíritu de Dios, y usaba de medios llenos de caridad y de benignidad, acompañados de una paz tan grande interior y exterior, que á pesar de

(1) Juan de San Francisco.

(2) Dep. de Baytay y de Pesse.

(3) Dep. de Miguel Favre.

(4) Dep. del Sr. de Charmoisy.

»sus continuas ocupaciones, nunca se apresuraba ni se »turbaba.» (1)

Pero en ninguna parte la prudencia del santo Obispo resaltaba con mas brillo que en la direccion de las almas: si habia dudas ó escrúpulos de conciencia los aclaraba con una decision clara y precisa, tan firme como pronta, que tranquilizaba á las conciencias inquietas y sosegaba á las almas mas turbadas (2). «Era, dice la santa Madre Chantal, una cosa que arrebatava oírle hablar de Dios y de la »perfeccion, pues tenia términos tan precisos y tan inteligibles, que hacia comprender con gran facilidad las »cosas mas delicadas y elevadas de la vida espiritual, estando dotado por Dios de una luz particular para la »direccion de las almas, á las que gobernaba con una prudencia celestial.» Penetraba hasta el fondo de los corazones, veia claramente su estado así como el principio que los hacia obrar, y les trazaba su regla de conducta (3). Discernia con claridad lo que era pecado y lo que no lo era, lo que se podia prohibir y lo que se podia tolerar, y hacia que todos encontraran en su posicion la santidad mas eminente sin exigir nada de extraordinario, hermanando la devocion con el bien estar y los atractivos inocentes de cada estado, enseñando una libertad santa que no traspasaba los límites de la virtud, una sabia condescendencia que no perjudicaba nunca al deber, y una alegría cristiana que se unia á las leyes mas austeras del Evangelio.

Procuraba hacer la piedad amable, mostrándola siempre al mundo, dulce, afable y dispuesta á complacer; y verdadera imágen de la bondad de Dios sobre la tierra, siempre noble, fuerte y acomodada á su clase. Habiéndole consultado una mujer sobre la resolucion que queria tomar de hablar poco: «Apruebo el hablar poco, le contes-

(1) Dep. del Dr. Marrignier.

(2) Juan de San Francisco, p. 263.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XIX.

»tó (1), con tal que lo poco que habéis sea graciosa y caritativamente, y no melancólica y artificiosamente. Sí, »hablad poco y con dulzura, poco y bueno, poco y sencillo, poco y franco, poco y amable.»

Insistia sobre todo en los deberes del estado, y queria que se fuera buen amigo, atento, servicial y complaciente hasta el punto de decir vagatelas en las recreaciones, cuando podia ser útil para alegrar á los demás. Así era como prevenia la censura que se hace generalmente á la devocion de ser rara, desagradable y antisociable, al mismo tiempo que la reputaba con su conducta, siempre tan amable y piadosa, tan fina y modesta, tan complaciente y exacta, tan franca como recogida, y que se hacia amar igualmente de Dios y de los hombres.

Un dia una señora cristiana, obligada por su clase á estar en la corte, le espuso su temor de perder la piedad en un lugar tan peligroso. «Mientras mantengais muy firme en vuestra alma, le escribió (2), la resolucion de ser »toda de Dios, el Espíritu Santo suplirá con su asistencia »lo que no podreis hacer. Reemplazareis vuestros ejercicios con frecuentes elevaciones del corazon á Dios, y los »sermones con una devota y atenta lectura de buenos libros. La sujecion y la vida en sociedad os proporcionará »mil ocasiones de mortificaros mucho y de quebrantar »vuestra voluntad, lo que no es un medio despreciable de »perfeccion, si usais de él con humildad y dulzura de corazon. Ninguna sociedad ni sujecion puede impedir os »que habéis á menudo con nuestro Señor, con sus ángeles y sus santos, que visiteis á menudo las calles de la »Jerusalen celestial, que escuchéis luego los sermones interiores de Jesucristo y de vuestro buen ángel, ni que comulgueis todos los dias en espíritu, todo lo cual debéis »hacer con alegría de corazon.»

En la direccion de las almas, el santo director tenia

(1) Carta DCCCLXII.

(2) Carta CXXXII.

por primer principio respetar la accion de Dios en los corazones, conduciéndolos segun la inspiracion y atractivo de este divino espíritu, mas bien que segun sus miras particulares; y en segundo lugar no pedia á sus penitentes, en punto á perfeccion, ni mucho, ni muy pronto, ni demasiado á la vez, enseñándoles á volar al cielo poco á poco como las palomas, cuando no podian elevarse como las águilas; á seguir un sendero comun, cuando no eran capaces de otro mas perfecto. «Si no podeis tomar el vuelo de la contemplacion, les decia, podeis hacer una lectura acompañada de algunas reflexiones; si vuestra salud no puede sobrellevar el ayuno, podrá sufrir la privacion de algun manjar; si no podreis abandonar el mundo, podreis no participar de su espíritu; si el amor puro os causa admiracion, amad al menos por reconocimiento é interés; si no sentís una contricion muy viva, esforzaos en desealarla y pedirla; si no podeis hacer grandes limosnas, dad al menos un vaso de agua; si no podeis sufrir groseras injurias, tolerad una pequeña reprension sin murmurar; si ser despreciado es una prueba superior á vuestras fuerzas, sufrid una pequeña frialdad; porque no se os pide que sacrifiqueis vuestra vida, sino que sufrais ligeras incomodidades, y que conserveis la paciencia en pequeños contratiempos.»

Era tambien unó de sus principios, que en la direccion de las almas es preciso ocuparse mas del corazon que del exterior (1). «Una vez ganada esta fortaleza, decia, el resto no se sostiene ya; y así como cuando el fuego está en una casa se arrojan todos los muebles por la ventana, así tambien cuando el amor de Dios se apodera de un corazon, todo lo que no es Dios le parece poca cosa.» Una señora de elevada clase que se habia colocado bajo su direccion, continuaba, á pesar de estar dedicada á la piedad y á la práctica de las buenas obras, en tener un tren brillante, presentándose siempre con elegancia, y fre-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, s. VII.

cuentando los círculos de la alta sociedad. El mundo quiso hacer que se escandalizaba por esto, pero el santo director la dijo que continuara con la misma conducta, porque en todo ello no se proponia mas que un objeto legitimo, que era agradar á su marido.

Censurándole que le dejase llevar pendientes: «No sé, contestó, si tiene ó no pendientes, porque siempre se presenta en el santo tribunal con la cabeza cubierta; y además, la santa mujer Rebeca no perdió nada de su santidad por ponerse los pendientes que le dió Eliezer en nombre de Isaac.—Pero, le dijeron, hace poner sus diamantes sobre una cruz de oro que lleva, lo cual es vanidad.—Lo que llamais vanidad, replicó, es lo que mas me edifica, porque yo quisiera que todas las cruces del mundo estuvieran cubiertas de diamantes y piedras preciosas, pues en nada mejor se pueden emplear sus joyas que en adornar la cruz.» A otra señora que usaba perfumes y aguas de olor, le escribió: «Dios me dió el otro dia el pensamiento de deciros que era necesario dejar esos olores; pero me contuve segun mi método, que es la suavidad, para dejar lugar á los movimientos, que poco á poco los ejercicios espirituales acostumbran á producir en las almas que se consagran enteramente á la divina bondad. Mi espíritu es estremadamente amigo de la sencillez, pero dejo ordinariamente en manos de Dios la segur con que se cortan estos inútiles retoños.»

Sería necesario copiar sus cartas para comprender cuánta era su prudencia en la direccion de las almas. Allí es donde se ve con qué santa industria apropia sus consejos y lenguaje á todas las situaciones y caracteres; cómo presenta los preceptos de la piedad bajo diversas formas al alcance de cada uno, aunque siempre de una manera amable y que gana el corazon; cómo pone el dedo en todas las llagas, y les aplica por medio de su palabra un bálsamo que las cura; cómo se compadece de la debilidad humana sin lisonjearla; cómo la anima cuando está abatida, inspirándole la confianza y el amor, el abandono en Dios,

la obediencia al guía que la conduce; cómo alienta, en fin, y la eleva por grados hasta las mas sublimes virtudes.

Así todos los que tuvieron con él relaciones de conciencia estan unánimes en celebrar su prudencia. «Un dia, »dice, un sacerdote de su diócesis se tomó el trabajo de »instruirme sobre la direccion de las almas, y me enseñó »mas en dos horas que lo que habia yo aprendido durante »dos años en el estudio de los casos de conciencia.» (1) El célebre padre Cotton decia que no estaba seguro de la salvacion de su alma, que cree caminar por sendas extraordinarias, sino cuando tenia el parecer del Obispo de Ginebra; y el padre Suffren añadia, que habia aprendido mas para la direccion de las almas en algunas horas de conversacion con el santo prelado, que en toda su vida. Con efecto, segun opinion del general de los Fuldenses, Francisco discernia, con una delicadeza y facilidad incomparables, los movimientos, las inclinaciones y todos los estados del alma, hasta el punto de que alguno de sus penitentes aseguró que leia claramente en sus corazones como á través de un cristal. Habiendo ido á buscarlo una persona atormentada con el temor de condenarse: «Para »salvar vuestra alma, la dijo al verla, no debeis pensar en »perderla;» mas como pidiera mas ámplias esplicaciones: «Teneis mas necesidad de sumision que de razon,» la añadió, con lo cual se retiró consolada.

Pocas personas han poseido en tan alto grado aquel golpe de vista tan fino y tan profundo que penetraba hasta lo mas íntimo de las conciencias, y aquella especie de intencion sobrenatural que es el alma de una sabia direccion. Tenia un conocimiento tan maravilloso del estado de las personas que dirigia, que les descubria, tan pronto los pecados mortales que no se atrevian á confesarle, como los secretos mas ocultos de su interior. Hablándole un dia un cura, pero sin atreverse á decirle lo que sentia en el fondo de su alma contra él: «Qué os dice el corazon?» le

(1) Dep. de Daupant.

preguntó, y el sacerdote sorprendido de semejante interrogacion, cayó á sus pies y le pidió perdon. «De todo corazon os perdono, contestó el santo prelado, y ya sabeis »soy vuestro hermano y vuestro amigo.» (1) Habiendo otra vez encontrado en Annecy á una señorita cuya hermana pensaba ser religiosa: «No será vuestra hermana »la que sea religiosa, le dijo, sino vos;» lo que en efecto se verificó aunque entonces no pensaba en ello (2). Habiendo en otra ocasion ido á visitarle un caballero que meditaba siniestros designios, de los que no habia hablado á nadie, Francisco le descubrió todo lo que pasaba por su alma y lo que se proponia ejecutar; hablándole con tanta fuerza, que le hizo renunciar á sus culpables proyectos (3). Finalmente, muchas veces le trajeron algunas personas que se decian poseidas del demonio, y nunca se dejó engañar, discerniendo admirablemente á los poseidos de los que no lo eran.

Las mujeres, naturalmente, deseaban tener frecuentes relaciones con un maestro tan hábil en la piedad; pero para tratar con ellas, su prudencia puso á su reputacion y su virtud bajo la salvaguardia de tres precauciones: la primera era verlas sin mirarlas, es decir, no fijar nunca una mirada curiosa en su rostro, de modo que pudiera distinguir sus facciones, su belleza ó su deformidad; siendo tan fiel á esta práctica, que observaba sin afectacion, que tan luego como se alejaban de su presencia las personas, ni podia decir cómo era su rostro. El obispo de Belley dice (4), que refiriéndole un dia lo que se decia, de que una señora de su pais y parienta suya era la mujer mas hermosa de aquella provincia: «Lo he oido decir, contestó.—Pero, repliqué, por vos mismo sabreis que lo es, porque la veis á menudo.—Es cierto, dijo, que la veo con

(1) Dep. de Raffi.

(2) Dep. de Darrit y de la Madre Greffier.

(3) Dep. de Demosheim.

(4) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. VII, s. XXIII.